

## La procreación y la sucesión de las generaciones

Guarací Adeodato Alves de Souza\*

*Este artículo presenta una compleja propuesta conceptual y metodológica. Al mismo tiempo que rescata los aportes de la antropología y la sociología para pensar las dimensiones demográficas de la vida social como cursos de acción impregnados de elementos simbólicos y subjetivos, propone analizarlos de manera análoga y complementaria a los modelos abstractos de la demografía formal. Considera a las prácticas y estrategias de procreación, así como las disposiciones subjetivas de los sujetos como elementos constitutivos de la propia naturaleza de la sucesión de generaciones, observados en otro plano analítico.*

### Consideraciones iniciales

Entre los científicos sociales existe un reconocimiento casi unánime respecto a que en esta segunda mitad del siglo xx se suscitó un gran avance cuantitativo y cualitativo en la investigación social e histórica en general. Al tiempo que distintas tradiciones de la antropología tuvieron un papel destacado en ese desarrollo. Según Kertzer (1984), el creciente y rico intercambio entre los historiadores de la familia y los antropólogos sociales y culturales implicó un enriquecimiento de ambos campos. Los aportes de esas tradiciones científicas pusieron en evidencia la importancia de los sistemas simbólicos involucrados en distintas instancias y dimensiones de la vida social, ayudando a legitimar, en cuanto temáticas “de punta”, diversas cuestiones relativas a la sexualidad, a la procreación, a la estructura de las familias y a las relaciones de género, así como algunos métodos para estudiarlas.

Ciertamente, tales aportes influyeron en los estudios empíricos en el área multidisciplinaria calificada ahora, en términos amplios, de demografía social (Ford y De Jong, 1970), y en términos específicos como: sociología de la fecundidad (Hawthorn, 1970), sociología de la reproducción (Clark, 1986) o, incluso, economía política de la fecundidad (Greenhalg, 1990). Asimismo se diversificaron los temas, los enfoques y los métodos de investigación. No obstante, a pesar de eso, no se lograron avances muy notables en el tratamiento teórico-metodológico y, conse-

\* Profesora de Demografía del Departamento de Sociología y Directora del Centro de Recursos Humanos de la Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad Federal de Bahía, Brasil.

cuentemente, en la claridad y consistencia de interpretación de las diferentes manifestaciones de los procesos calificados, indistintamente, como demográficos o poblacionales: la fecundidad, la mortalidad y el crecimiento vegetativo, que muchas veces consideramos de manera aislada. Las renovadas críticas a las formulaciones sobre la transición demográfica son una evidencia de lo anterior.

De una manera diferente a como acontece entre los antropólogos e historiadores, hay dificultades muy reales de diálogo e intercambio útil entre los demógrafos formales y otros científicos sociales que estudian esos fenómenos. Estas son dificultades de “intercambios simbólicos” (Bourdieu, 1974) entre miembros de culturas científicas distintas, con lenguajes propios.

Como la teoría de la demografía formal *aísla* esos fenómenos en un plano ahistórico, ésta abstrae del contexto de *población total y cerrada* en el cual operan, por definición, todas las acciones humanas, las relaciones sociales y las dimensiones subjetivas y simbólicas que les garantizan existencia histórica. Dada la fuerza de una práctica científica basada en raciocinios muy abstractos, no siempre esto es percibido como tal, así muchos demógrafos formales acaban viendo en la realidad los atributos delineados por los supuestos utilizados para la construcción de sus modelos teórico-conceptuales. Es decir, hablan de todos los aspectos cualitativos de los fenómenos demográficos aislados, así como de todos los fenómenos no demográficos, como si se localizasen “fuera de la población”. Además, los ámbitos más diferentes de una formación social son planteados en relación con una *población real y específica*.

Para muchos sociólogos, antropólogos y demógrafos, como ya lo dijeron Quesnel y Vimard (1988), los modelos teórico-conceptuales de la demografía formal no son teorías, sino meros instrumentos técnicos para el análisis demográfico. Las referencias analíticas para la interpretación de las estadísticas demográficas producidas con ellos se encontrarían fuera de la demografía formal, en distintas tradiciones de las ciencias sociales. Sin embargo, en la tradición de la demografía social que así procede, la fecundidad, la mortalidad y el crecimiento vegetativo continúan desarticulados, en una área de penumbra, sin clara explicitación de su naturaleza sociobiológica, de su localización en las estructuras sociales y de cómo los sujetos sociales los concretan en la vida social. La mayoría de los análisis de esta área multidisciplinaria mantienen una antigua antinomia entre la naturaleza “puramente material u objetiva” de la mortalidad, de la fecundidad y del crecimiento vegetativo, y la naturaleza “puramente simbólica o subjetiva” de sus determinaciones mayores, como

es el caso de las formulaciones sobre la transición demográfica o la transición de la fecundidad (Souza, 1992b).

La forzada yuxtaposición de esquemas analíticos incompatibles para intentar construir un cuadro de referencia más inclusivo –modus operandi de la teoría de la transición demográfica (Souza, 1991)–, o la coherente adopción de una teoría sociológica o antropológica –con una visión disciplinaria distinta de la construida por la demografía– para la descripción e interpretación de fenómenos que estarán “detrás” de la fecundidad o de la mortalidad, fueron “salidas” muy frecuentes en esta área de investigación, con resultados insatisfactorios en términos de enriquecimiento de las teorías sobre esos objetos de la demografía.<sup>1</sup>

Comparto la opinión de que, por más simplificadas, ahistóricas y abstractas que sean las teorías de la demografía formal que tratan de la articulación entre fecundidad, mortalidad y crecimiento vegetativo, varios de los modelos teórico-conceptuales al respecto constituyen los fundamentos de una problemática: *la de la sucesión de las generaciones, en cuanto proceso demográfico puro*. Por lo tanto, no pueden ser ignorados o sustituidos por referencias que no tratan específicamente de tal problemática, sino de la reproducción o estructuración de la familia, como las teorías antropológicas y sociológicas.

En esta exposición, difiriendo de las recientes sugerencias de Greenhalg (1990), intento reafirmar, según las indicaciones de algunos autores, la necesidad y la posibilidad de un trabajo analítico, coherente con criterios centrales y con la visión disciplinaria de la demografía formal, de rescate sintético de esta problemática, de una perspectiva histórica, en cuanto proceso sociodemográfico. Esto es indispensable para la explicitación de categorías o instancias de mediación teórico-conceptual, a partir de las cuales se pueda enriquecer internamente la propia problemática, con algunos aportes específicos de la antropología y de la sociología, moviéndose la interpretación de los fenómenos de un plano de abstracción a otro. Pero hago esto como un investigador común en busca de mayor claridad y consistencia en su propia práctica de investigación-reflexión, a pesar de las dificultades, con base en las proposiciones formuladas por otros. Por lo

1 Véase Greenhalg (1990), Caldwell (1976) y los trabajos de los investigadores del Grupo de Trabajo sobre el Proceso de Reproducción de la Población de la Comisión de Población y Desarrollo CLACSO, realizados en el curso del decenio de los setenta y publicados en varias colecciones: CLACSO, *Reproducción de la Población y Desarrollo*, vols. 1, 2 y 3 de 1982, vol. 4 de 1983 y vol. 5 de 1985; Figueroa y Alba (1982).

tanto, sin compromiso de proponer aquí una nueva “agenda de investigación” o posibles salidas para los dilemas del diálogo entre los demógrafos formales y los demógrafos sociales.

La **fecundidad** y la **sucesión** de las generaciones. La visión de la demografía formal

La sucesión de las generaciones es, en la teoría de la demografía formal, el proceso central de la dinámica demográfica global. Por lo mismo, merece un tratamiento privilegiado en la teoría de las poblaciones estables, a partir de los trabajos de Lotka, elaborados al inicio del siglo XX, que redefinen la noción de reproducción biológica desarrollada por la biología. El objetivo de este autor (Lotka, 1969) era aislar y representar, de modo integrado y dinámico, la reproducción numérica endógena (en una población cerrada), para demostrar teóricamente cómo operan los nexos multidireccionales, que garantizan con el encadenamiento entre ellos la continuidad, el ritmo y la forma (o estructura) de los hipotéticos patrones de este proceso.

Los diferentes patrones o regímenes teóricamente posibles de sucesión de las generaciones concebidos por el autor –población malthusiana, estable y estacionaria– son representados, en variantes de un modelo general (sistema cerrado), mediante distintas combinaciones de los siguientes elementos: 1) fecundidad específica por edad ( ${}_n f_x$ ); 2) mortalidad específica por edad ( ${}_n m_x$ ); 3) estructura por edad y sexo ( $C(a)$ ), la forma de realización del proceso, y 4) el crecimiento vegetativo ( $r^v$ ) o el crecimiento intrínseco, el ritmo de realización del proceso. Por lo tanto, cada patrón se caracteriza por una estructura y un ritmo propios, que son elementos necesariamente independientes, por estar ambos determinados por la combinación de los juegos entre  ${}_n f_x$  y  ${}_n m_x$ .

Los supuestos intencionalmente utilizados para, por medio de la abstracción elevada, construir esos modelos acaban reduciendo al extremo el fenómeno reconstruido, siendo sus mecanismos básicos,  ${}_n f_x$  y  ${}_n m_x$ , formulados como *acontecimientos colectivos* automáticos, sin autor ni protagonistas; es decir, como *intensidad* y *(o) velocidad de los fluidos de nacimientos y muertes*, por analogía con las nociones de física.

En este sentido, son modelos mecanicistas; pero no presentan el sesgo biologista que algunos demógrafos sociales suponen. Lotka no atribuye una naturaleza biológica a los elementos  ${}_n f_x$ ,  ${}_n m_x$ ,  $C(a)$  y  $r^v$ . Son, por definición, *cantidades*. La edad cronológica señala el tiempo de sobrevivencia de los individuos de una misma

generación, según el abstracto calendario occidental, por lo que el crecimiento o envejecimiento de los individuos es representado por el mecánico y abstracto paso de un grupo de edad a otro, y no por algún automatismo biológico. Este proceso se adjetiva como endógeno para resaltar que sólo se realiza *en estado puro* en una colectividad cerrada a los diversos tipos de movimientos de entradas y salidas de individuos que implicarían el cruce de fronteras, como es el caso de la inmigración y la emigración.

Además de lo anterior, la noción de *estabilidad de un patrón* de reproducción numérica endógena nada tiene que ver con la noción de estática (ausencia de movimiento) de los modelos estático-comparativos, como el de Davis y Blake (1967), ni con la idea de equilibrio entre factores demográficos y no demográficos, muy común en los modelos microeconómicos, ni con la de homeostasis (equilibrio homeostático), que implica tratar el funcionamiento de una sociedad, o ámbito particular de ésta, en analogía con el de un organismo vivo. Esas nociones son comunes en otras tradiciones científicas de las ciencias sociales. En esta teoría de la demografía formal la *estabilidad de un patrón demográfico* se refiere a su constancia en el tiempo teórico de sobrevivencia de una generación, siendo determinada por la constancia de las propiedades y condiciones atribuidas a los mecanismos básicos y expresada por la persistencia de cierto ritmo y forma de realización del proceso.

Para rescatar esta problemática sin reducirla demasiado no es necesaria cualquier operación lógica que elimine supuestos sesgos biologists, pues esto ya fue realizado por Lotka. Las limitaciones mayores se hallarían en el tratamiento ahistórico, estrictamente cuantitativo y mecánico del proceso. Sería preciso retirar los componentes demográficos articulados en esos modelos de su *aislamiento o del estado puro* y completar el trazo del proceso, en su totalidad, con otros elementos indispensables para su realización histórica, según recomienda Koppin (1972):

... las fronteras de los conceptos anteriores pueden ser estrechas para el nuevo contenido al que lleva el movimiento del pensamiento. Los conceptos anteriores pueden ser obstáculos para la asimilación de las nuevas propiedades y leyes. Por eso es indispensable cambiar el marco conceptual del pensamiento, completándolo con nuevos elementos.

Para el cambio del marco conceptual es preciso tomar en cuenta que  ${}_n f_x$ ,  ${}_n m_x$  y  $r^v$  son significativos. Expresan conceptos nada obvios, como les parece a aquellos que los ven como meras "tasas", o bien como objetos o acontecimientos concretos, y no como construcciones simbólicas de un pensamiento abstracto. La

noción de fecundidad específica por edad alude, indirectamente, por medio de la idea de intensidad o velocidad (nivel) y distribución por edad (forma) de la fecundidad, al patrón del proceso de producción de hijos o a un *patrón de reproducción*. De manera equivalente, la noción de mortalidad específica por edad remite a la noción de un patrón de reproducción de muertes, con cierta intensidad y distribución por edad.

Al observar el rigor metodológico con el que Lotka procedió para, por medio de sucesivos supuestos, realizar abstracciones de dimensiones sociales y aislar la dinámica demográfica endógena pura, se puede ver que no existe ningún impedimento lógico o metodológico para seguir el camino inverso al traer el pensamiento analítico de vuelta a un nivel más bajo de abstracción; nivel de análisis en el que se pueden representar las mismas acciones y relaciones sociales que conforman y dan vida a los mecanismos y estructuras de diferente naturaleza, o sea: 1) a los componentes específicamente demográficos, el foco de los intereses analíticos de los demógrafos, y 2) a los componentes no demográficos indispensables para la realización del proceso mayor y para la viabilidad, como *mediaciones directas y decisivas*, de la reproducción demográfica con cierta regularidad, ya que las dimensiones demográficas puras son construcciones abstractas y no tienen existencia histórica autónoma. Además, tratar esos componentes no demográficos como mediaciones requiere la reinterpretación de los aportes sociológicos y antropológicos sobre ellos, como ya resaltó Zémelman (1982) con respecto a las proposiciones sobre la familia como instancia de mediación para la determinación de la fecundidad.

Para completar la visión del proceso es fundamental señalar una limitación central de los modelos formales; esto es, al tratar la fecundidad y la mortalidad como intensidad y (o) velocidad de los flujos de nacimientos y muertes, acontecimientos colectivos sin autores y actores, éstos no reconstruyen directa y explícitamente los mismos movimientos continuos de producción de nacimientos vivos y de producción de muertes o de preservación de la sobrevivencia. Por lo tanto, esos movimientos centrales quedan enteramente indeterminados. Una reconstrucción menos abstracta e historicista de la problemática tendría, así, que representar de modo directo y explícito los momentos centrales de producción de las nuevas generaciones o *de producción de hombres* (Oliveira, 1977); o sea, la constitución de las proles, la formación de descendencias a partir de éstas y el mantenimiento de la vida de los sujetos adultos o la preservación de la sobrevivencia y de la salud de los descendientes que ingresan en la vida adulta, aptos para reiniciar la realización de este circuito.

Sucede, sin embargo, que ninguna otra teoría de esta tradición los reconstruye de modo directo y completo, puesto que otras referencias analíticas también demuestran que la fecundidad depende, necesariamente, de la mortalidad; o sea, de las condiciones y posibilidades de sobrevivencia. Los demógrafos formales utilizan las muertes o la mortalidad para separar los movimientos específicos de la sobrevivencia. Esta es la lógica analítica, por ejemplo, de las *tablas de vida*. En una “población cerrada”, los individuos que integran, en un tiempo  $t$ , cada grupo de edad representativo de las distintas generaciones son, con excepción del grupo de 0-5 años, los sobrevivientes de un grupo de edad anterior.

Los aportes de algunas tradiciones de la sociología y la antropología posibilitan representar y reconstruir aquellos momentos como cursos de acciones combinadas y estructuradas por relaciones sociales específicas y explicitar los nexos multidireccionales socialmente tejidos entre ellos. La noción de comportamiento reproductivo usada con frecuencia para hablar del elemento activo generador de la fecundidad, además de vaga, pues no especifica de cuál “reproducción” se trata, no se corresponde con la de fecundidad. Por más recurrentes que sean ciertos comportamientos frente a la sexualidad y a la procreación, no generan por sí solos los flujos de nacidos vivos, cuya intensidad y (o) velocidad expresa la noción de fecundidad.

Así, sin abandonar la visión disciplinaria construida en las teorías más avanzadas de la demografía formal, se puede “retraducir sociológicamente” no sólo la noción de fecundidad de manera aislada, como ya había indicado Oliveira (1979), que reconocía la completa inadecuación del concepto sociológico de comportamiento reproductivo, sino, también, todos los elementos de mayor problemática, dentro de la cual la fecundidad gana significados al ser articulada con otros elementos. Como afirmó Zémelman (1982), es la problemática que abarca y articula este objeto lo que, en definitiva, interesa comprender y explicar.

Bourdieu, Chamboredon y Passeron (1975) también entienden al respecto que:

Un objeto de investigación, por más parcial y dividido que esté, no puede ser definido y construido sino en función de una problemática teórica que permita someter a examen sistemático todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son adjudicados.

Un rescate de la problemática enfocada requiere la formulación de otra visión sintética que represente la totalidad del movi-

miento de reproducción sociodemográfica y preserve ciertas analogías y correspondencias con las proposiciones más básicas de la teoría de la demografía formal. Este sería un procedimiento muy distinto del sugerido por Greenhalg (1990), que indica como punto de partida la visión de “economía política de la fecundidad”, para desde ahí incorporar descubrimientos y proposiciones contundentes de la antropología y de la historia social y demográfica.

### **La sucesión de las generaciones como un movimiento central de reproducción sociodemográfica de la sociedad**

Con tales criterios y preocupaciones, juzgo importante hacer explícito que la sucesión de las generaciones, desde una perspectiva histórica, puede ser vista como el proceso de producción de descendencias efectivas de las parejas, constituido por la combinación y encadenamiento de distintos tipos de acciones y relaciones sociales específicas, referidas a los siguientes aspectos:

- 1) *El casamiento o el ejercicio de la sexualidad* (de cierto tipo de relación sexual entre individuos de sexos distintos), dentro o fuera de uniones conyugales de diferentes tipos, con cierta frecuencia y continuidad.
- 2) *La procreación o la reproducción de hijos nacidos vivos* para la constitución de proles, que con frecuencia implica la repetición de experiencias en secuencia y completas de fecundación, gestación, nacimiento de un hijo vivo y (o) de acciones dirigidas a impedir o interrumpir el desarrollo de esta secuencia.
- 3) *La preservación de la sobrevivencia y de la salud* de los hijos en gestación y nacidos vivos y de las parejas involucradas en el proceso, cuya contradicción fundamental es la muerte precoz.
- 4) *La crianza-socialización de los hijos*, que implica el ejercicio de la paternidad y de la maternidad o los cuidados, la orientación y la preparación de los hijos para el desempeño futuro de diferentes papeles sociales como adultos, específicos de cada género, relativos a la realización histórica tanto de este circuito como del de la producción de bienes y servicios.

El ejercicio de la sexualidad fuera o dentro del matrimonio y los modos de crianza y socialización de los hijos representan condiciones sine qua non para que la procreación y preservación de la sobrevivencia y de la salud sean realizadas de manera continua, regular y articulada con el fin de formar las proles y las descendencias. Son mediaciones directas y decisivas que operan en los planos material y simbólico y confieren especificidad a la re-

producción humana (social y demográfica al mismo tiempo), influyendo en la propia subjetividad de los distintos actores involucrados. Tienen, por lo tanto, un papel fundamental en la conformación de los patrones demográficos; o sea, en la modelación de las experiencias de procreación y preservación de la sobrevivencia y salud de los hijos (en gestación y nacidos vivos).

Ese circuito de reproducción sociodemográfica endógena tiene su dinamismo (ritmo) interno garantizado por la naturaleza de sus cuatro mecanismos componentes –cursos de acciones específicas combinadas y con cierto encadenamiento– y su estructura (forma) delineada por el tenor de las articulaciones entre ellos, que son socialmente construidas con base en la red de relaciones específicas de esas dimensiones establecidas entre los distintos actores sociales.

Su continuidad histórica requiere cierta rutina y permanencia en el tiempo (de la sociedad) de algunos modos de articulación y encadenamiento de esos tipos de acciones distintos, a lo largo de las trayectorias de vida de los actores sociales de las generaciones que se suceden, así como de las relaciones sociales complejas que los estructuran. Una gran irregularidad e inestabilidad en los modos de realización de ese proceso devienen, casi siempre, en serias amenazas a la misma reproducción de la sociedad o de un grupo social particular. Por eso, todas las sociedades establecen normas, principios y reglas orientados a la conformación de ciertos patrones de conducta de esta naturaleza considerados necesarios o ideales y mecanismos de control social para la preservación de los mismos.

La antropología ha mostrado que los códigos de parentesco y de matrimonio, por ejemplo, suelen establecer vínculos simbólicos entre actores sociales con estatus distintos, delineando las líneas de descendencia y los modelos ideales de organización de las familias. En general, también atribuyen valores y significados especiales a los papeles de los distintos miembros de la familia (del núcleo conyugal o de la red de parentesco), especificando las relaciones de poder o de autoridad, los derechos y deberes recíprocos, incluso en lo que se refiere a las relaciones de género y generaciones. De este modo, los códigos de parentesco representan coordenadas culturales que sitúan los individuos (personas o sujetos) en la estructura de las relaciones sociales, confiriéndoles un estatus que implica ciertas expectativas de conductas (Paige y Paige, 1981; Malinowsky, 1973; Davis y Blake, 1967 y Caldwell, 1976).

Tales aportaciones de la antropología son decisivas para pensar en las dimensiones demográficas de la vida social (en el plano individual, familiar y en ámbitos colectivos más inclusivos) como cursos de acciones impregnadas de elementos simbólicos y subje-

tivos, y no como “cosas” o “aspectos puramente objetivos”, determinados “desde fuera” por los elementos inmateriales de la cultura. Es más, señalan también el hecho de que las relaciones sociales y los mecanismos de control social referidos a esas dimensiones ganan materialidad en los actos humanos –individuales, de los pequeños grupos, como las familias conyugales, y de representantes de instituciones formales y legítimas– y componen el cuadro general de las condiciones materiales de vida socialmente otorgadas a los sujetos. Entre las condiciones materiales de vida que pueden determinar los cursos de acciones de esta naturaleza en ciertas coyunturas, así como las elecciones de los individuos al respecto en ciertas fases de las trayectorias de vida, pesan no sólo factores propiamente económicos, como formas y oportunidades de inserción en la producción, los procesos de trabajo o el monto y la estabilidad de las ganancias económicas y financieras, sino, también, factores tales como: 1) las oportunidades de casarse, más pronto o más tarde, o de no casarse, establecidas por los mismos mercados matrimoniales, muchas veces restringidos por reglas de endogamia; 2) las condiciones de higiene (personal, doméstica y del ambiente de trabajo), de saneamiento, habitación, alimentación y la oferta o posibilidades de servicios especializados de atención de la salud (en general y reproductiva); 3) las posibilidades de que los padres compartan con otros la crianza de los hijos y la oferta de servicios especializados en la educación y socialización de las nuevas generaciones; 4) las dimensiones y la composición de las proles ya efectivamente constituidas y que pueden estimular o desestimular la repetición de otras experiencias de procreación.

Mediante la realización histórica de este proceso de sucesión de generaciones los grupos familiares conyugales se renuevan, siendo los hijos sobrevivientes y socializados hasta el inicio de la vida adulta, socialmente aptos para repetir el mismo circuito, los productos acabados de este peculiar proceso de producción. Con todo, su concreción no queda plenamente restringida al ámbito de la familia nuclear, pues involucra acciones y relaciones que van más allá de las fronteras de los núcleos conyugales y de las redes de parentesco.

Muchas aportaciones antropológicas y sociológicas han demostrado que los códigos culturales y las ideologías comunes constituyen referencias generales para la acción de los sujetos, pero no son los determinantes más directos o decisivos de ésta. Los distintos códigos, con o sin formalización jurídica, las nociones de sentido común e ideologías comunes sobre las dimensiones enfocadas no tienen una coherencia completa entre sí, difiriendo

en muchos aspectos. Además de eso, son incesantemente transmitidos o difundidos a las nuevas generaciones, de modo no unívoco, por distintos actores e instituciones con legitimidad para ello, incluso por los padres de familia, en el movimiento de crianza y socialización de sus hijos. Están, por lo tanto, expuestos a contradicciones, ambigüedades, diversas interpretaciones y a reinterpretaciones o a actualizaciones en su aprehensión y (o) formulación.

Según Foucault (1988), el individuo actúa frente a determinado código de acción y con relación a cierto tipo de acciones, “no simplemente como un agente, sino como un sujeto moral de esa acción”. Las disposiciones subjetivas de los sujetos, así como sus conductas efectivas, incluso bajo la influencia de los códigos vigentes, difieren en mayor o menor grado de sus contenidos; incluso cuando los sujetos otorgan una completa adhesión a las normas y reglas vigentes, enfrentan muchas veces dificultades para aplicarlas en ciertas circunstancias concretas. Por eso siempre existe espacio para las rebeldías, escapes y negociaciones (Paige y Paige, 1981; Flandrin, 1988 y Foucault, 1988) y, por lo tanto, para las diferencias y los cambios, incluso en “poblaciones cerradas”. De este modo, no existe un patrón o régimen de sucesión de las generaciones uniforme para toda la sociedad, ni incluso para un grupo social particular, y los cambios de patrón (o estructurales) no siempre son producidos por la interferencia de factores exógenos en el ámbito colectivo de la sociedad observado; esto es, no siempre vienen “de fuera”.

Puesto que algunos principios, valores o normas sobre el ejercicio de la sexualidad y sobre las relaciones de parentesco, género y generaciones, que delinean un modelo de familia, tienen larga vigencia histórica, las experiencias efectivamente vividas por las generaciones anteriores, en determinadas circunstancias y frente a la existencia de esos elementos culturales, acaban siendo las referencias más directas y contundentes para la orientación de la conducta de los sujetos (individuales y colectivos) y para la acción social de las instituciones organizadas, por medio de sus agentes legítimos. Por lo tanto, son los conjuntos de prácticas y estrategias sociales que forman parte del repertorio cultural vivo de una sociedad (del *habitus*, según Bourdieu, 1989) —consideradas como soluciones adecuadas o posibles, naturales o normales para los problemas cotidianos— aquellos que son los transmitidos por los padres a los hijos, mediante el mecanismo de la crianza-socialización. Y, con base en las experiencias y evaluaciones de las generaciones pasadas, las nuevas generaciones hacen sus elecciones, frente a las nuevas circunstancias de la vida social, re-

creando las expectativas y los ideales de conducta con relación al casamiento, a la procreación, a la preservación de la sobrevivencia y de la salud y a la crianza-socialización de hijos, entre otras dimensiones de la vida cotidiana.

Constituir proles (o conjunto de hijos sobrevivientes no adultos), criarlos y socializarlos para formar descendencias (hijos sobrevivientes y socialmente aptos para realizar funciones de adultos) no es una experiencia, ni meramente natural o espontánea, ni plenamente regulada institucionalmente, sino que está casi siempre rodeada de muchas incertidumbres. No existen lazos sólidos e irremovibles –ni biológicos, ni culturales– entre los distintos tipos de acciones y relaciones sociales específicas responsables de los distintos mecanismos y momentos de sucesión de las generaciones o de la producción de descendencias efectivas de las parejas. Por el contrario, son innumerables las oportunidades y posibilidades de divisiones entre ellos, como ya advirtieron Malinowsky (1973), Davis y Blake (1967), Flandrin (1988) y Bongaarts (1983), entre otros autores. Muchas instituciones (organizaciones con gran poder, legitimidad y cierta autonomía) crean y operan incesantemente distintos medios de regulación de esas conductas para hacer viable la recurrencia y la rutina de las experiencias completas de esta naturaleza. Este fue el caso, por ejemplo, de la Iglesia católica, que tuvo un papel decisivo de este orden en varias sociedades europeas o de colonización europea. Y la acción de este tipo de instituciones no se restringe sólo a la difusión de elementos estrictamente simbólicos, ni se orienta de manera exclusiva a la conservación de prácticas tradicionales.

En sociedades como la brasileña y la europea, que fueron en el pasado esencialmente poblacionistas y pronatalistas, en términos ideológicos y prácticos, por ejemplo, las lagunas y las contradicciones en el ejercicio de la procreación intensa y de la formación de descendencias numerosas se expresaban en dos planos. Por un lado, una alta frecuencia de eventos no enteramente controlables y (o) imprevisibles, tales como: el celibato permanente no voluntario, la esterilidad definitiva o transitoria por enfermedad, las pérdidas fetales espontáneas, la muerte de un hijo o de un cónyuge, etcétera. Por otro, una alta frecuencia de conductas consideradas “desviadas”, en los términos de la moral vigente, y más o menos reprimidas, tales como: homosexualidad, incesto, relaciones sexuales no fecundas, aborto provocado, donación o venta o abandono de hijos, infanticidio, etcétera (Flandrin, 1988; Mattoso, 1988; Souza, 1992a).

Incluso en las sociedades industriales desarrolladas, predominantemente antinatalistas, que hace más de un siglo desarrolla-

ron grandes habilidades de controles restrictivos sobre las enfermedades, las muertes precoces y la procreación, las incertidumbres de este orden persisten, aunque las nociones de sentido común y las ideologías sostenidas por distintas instituciones afirmen la racionalidad y la eficacia de las prácticas corrientes de una “planeación familiar” restrictiva, fundada en ciertas prácticas de anticoncepción. Bongaarts (1983) presenta una buena ilustración de esto, para Estados Unidos, al demostrar que aproximadamente 93% de las parejas acaban experimentando un “evento no planeado” en sus experiencias de formación de proles, tales como: el fallo de los anticonceptivos, la esterilidad, una pérdida fetal, la espera prolongada de una concepción, la combinación indeseada de los sexos de los hijos, el divorcio y la muerte de uno de los cónyuges o de un hijo.

En vista de estas incertidumbres, la *estabilidad o persistencia histórica* de los patrones o regímenes corrientes de producción de proles y descendencias, en una “población cerrada”, en el transcurso de la vida social, nunca es completa. Pero tiende a ocurrir, aunque con oscilaciones o pequeños ajustes, en las coyunturas históricas (de largo plazo) caracterizadas por pequeños cambios en los parámetros estructurales de determinada sociedad, o por alteraciones poco expresivas en las condiciones de vida particulares de algunos grupos sociales y (o) regiones. Así, por ejemplo, durante todo el siglo XIX y hasta por lo menos la abolición de la esclavitud y proclamación de la república, las élites bahianas parecen haber reproducido uno o dos patrones de formación de descendencias que comenzaron a ser completamente transformados o sustituidos a partir de la configuración de una nueva coyuntura (Souza, 1992a y 1992b). En circunstancias de inestabilidad de las condiciones materiales de vida, las fluctuaciones y los cambios en las formas de producción de las descendencias pueden prevalecer desestructurando los regímenes, incluso cuando los códigos culturales y ciertas prácticas presentan larga vigencia temporal. Muchas comunidades y regiones de la Europa preindustrial e industrial, donde el poder de las iglesias católica y protestantes era fuerte, experimentaron muchas oscilaciones o cambios en los patrones de formación de descendencias, como ya demostraron Wrigley (1969) y otros, ya fuese por causa de crisis económicas y políticas, o porque surgían epidemias de larga duración.

Desde esta perspectiva, los patrones o regímenes de reproducción demográfica endógena, cuyos ritmos pueden ser evaluados en términos cuantitativos y abstractos por el crecimiento vegetativo, no son considerados ni meras *consecuencias* de las determinaciones ideológico-culturales o socioeconómicas, siempre ajus-

tables a éstas, ni la *causa* fundamental del bienestar de unas sociedades o de las principales contradicciones de la vida social en otras, como las ideologías neomalthusianas que entran en el campo de la demografía social lo han dicotomizado. Ellos son elementos internos del juego complejo de reproducción social, siendo, en un sentido, determinado o estructurado por factores no demográficos y, en otro sentido, determinante o estructurante de dimensiones no demográficas (Oliveira, 1981; Przeworsky, 1982; Oliveira y Salles, 1991; Quesnel y Vimard, 1988; Lerner y Quesnel, 1992).

Manteniendo cierta analogía con los modelos abstractos de Lotka, determinado patrón común de sucesión de generaciones o de producción de las descendencias de las parejas puede ser comprendido, en este otro plano analítico, como un movimiento de realización social de cierto sistema (modo de combinación y encañamiento) de prácticas y estrategias sociales referidas a los cuatro componentes de ese proceso, en determinadas circunstancias materiales de vida, llevando a ciertos resultados directos e inmediatos. En ese sentido, un patrón o régimen de reproducción sociodemográfica endógena no se reduce, ni a determinado sistema de prácticas y estrategias sociales en sí mismo, ni a los meros resultados inmediatos de su aplicación en ciertas circunstancias, o sea, a las dimensiones y a la composición de las proles y descendencias, al ritmo de constitución de las mismas o a las trayectorias reproductivas de las mujeres o parejas. Es un juego complejo entre esos elementos.

El patrón dominante de sucesión de las generaciones entre las élites urbanas de Salvador, a fines del siglo XIX o inicios del siglo XX, por ejemplo, y que se expresaba en la formación, recurrente y más o menos rutinaria (de una generación a otra), de numerosas descendencias legítimas, por la línea paterna, constituidas por 12, 15, 18 o más hijos, se conformaba por el juego combinado de dos tipos de factores. El primero era el ejercicio en secuencia, a lo largo de los cursos de vida de los miembros de una pareja, de prácticas sociales como: el casamiento extremadamente precoz, sobre todo para las mujeres, que debían mantenerse vírgenes hasta el matrimonio; permitir la concepción de hijos desde el casamiento hasta la menopausia de la mujer, siendo aceptable impedir la llegada de hijos adicionales cuando ya se tenía un número elevado de hijos sobrevivientes o, incluso, en situaciones consideradas graves; el cuidado del "médico de la familia" de la salud de los hijos y de las mujeres, sobre todo en los momentos de gestaciones o partos complicados, realizados en el propio domicilio; la crianza y educación de los hijos compartida por la madre y

otras mujeres adultas del cuadro doméstico o de la red de parentesco, incluso en el caso de amamantamiento, etcétera. El segundo se refería a las condiciones concretas de vida de esas élites, o sea: los jefes de familia adinerados tenían recursos para mantener a un gran número de hijos, a los parientes más pobres, además, agregados y a numerosos servidores en el mismo cuadro doméstico; poseían medios para garantizar herencias y dotes para los hijos y para establecer, por medio de ellos, alianzas matrimoniales con otras familias ricas y con poder político, lo que les reforzaba la posición de clase; disfrutaban de razonables condiciones de salud y de estabilidad en las uniones conyugales, etcétera. Esos elementos alimentaron durante mucho tiempo las disposiciones subjetivas de los sujetos de las nuevas generaciones, para la repetición de esta experiencia completa de modo muy parecido a las generaciones anteriores, hasta que algunos cambios de condiciones materiales de vida de esas élites comenzaron a implicar diferentes consecuencias directas en algunas prácticas tradicionales (Souza, 1992a), no siempre previstas, llevando a cabo definiciones totales o ajustes el sistema de prácticas vigentes.

Un patrón o régimen de sucesión determinado de las generaciones puede ser descrito en términos del modo en que los actores sociales –a lo largo de sus trayectorias de vida individual y familiar y frente a las circunstancias concretas del contexto social mayor– vivencian (por la realización de ciertas prácticas y estrategias sociales y sus implicaciones directas) los distintos momentos de producción de sus descendencias, incluso tomando en cuenta cómo esos momentos son ordenados en esas trayectorias (Fortes, s.f.; Jelin y Feijoo, 1985; Woortman, 1987 y Azevedo, 1987) (véase el cuadro 1).

En el cuadro 1, los *momentos* de experiencia de producción de las descendencias de las parejas no especifican fases de vida individual y familiar; éstas se refieren a los movimientos particulares del proceso mayor, en los cuales ciertos *mecanismos* (cursos de acción referidos a una de sus cuatro dimensiones centrales) ganan precedencia. Y esto es importante que se destaque porque, en algunos patrones, el casamiento señala el momento de fundación del nuevo núcleo familiar, antecediendo a la primera gestación o al nacimiento del primer hijo, hecho demarcador del inicio de otro momento: el de expansión de la familia. En otros patrones o regímenes, las prácticas corrientes de casarse después de la identificación de una gestación o después del nacimiento del primer hijo implican una secuencia diferente de esos momentos. Por otro lado, las recurrentes y rutinarias experiencias “truncadas” de formación de proles y descendencias –por realizarse fuera del cua-

## CUADRO 1

**Sucesión de las generaciones o producción de las descendencias de las parejas: momentos y mecanismos**

<i>Mecanismos combinados</i>	<i>Prácticas y estrategias relativas a:</i>
<b>Primer momento</b> – Casamiento/ejercicio de la sexualidad (continuo).	<b>Fundación de un nuevo núcleo familiar</b> Constitución de una pareja con identidad propia.
<b>Segundo momento</b> – Procreación y preservación de la salud y de la sobrevivencia de los hijos y de la pareja.	<b>Expansión de la familia*</b> Producción de los hijos nacidos vivos en el sentido de constitución de las proles y preservación de la sobrevivencia de los hijos para que las proles existan.
<b>Tercer momento</b> – Crianza/socialización de los hijos. – Preservación de la salud o de la sobrevivencia de los hijos y de la pareja.	<b>Mantenimiento de la familia*</b> Preparación de los hijos (que van sobreviviendo) para la vida adulta, mediante la participación de los hijos en las actividades domésticas y extradomésticas de la familia.
<b>Cuarto momento</b> – Preservación de la salud y de la sobrevivencia de los hijos y de las parejas. – Casamiento de los hijos o cambio de residencia de los hijos.	<b>Dispersión de la familia*</b> Los hijos adultos reinician el ciclo de producción de hijos. <b>Muerte de uno de los cónyuges o de ambos.</b>
<b>Productos finales:</b> hijos sobrevivientes y socializados al inicio de la vida adulta.	

\* La familia contemplada como grupo conyugal o nuclear, distinto del grupo doméstico o red de parientes.

dro de uniones conyugales, o ser interrumpidas por la muerte de uno de los cónyuges o por separaciones— conformarían un tercer patrón diferente.

Como resaltan Jelin y Feijoo (1985) y Azevedo (1987), los tipos de prácticas y estrategias ejercidas en un momento tienen implicaciones directas e inmediatas sobre el modo de vivenciar el siguiente momento, influyendo en la elección que los sujetos hacen de las prácticas del repertorio cultural que serían ejercidas en

este nuevo momento. La *forma* en que esos momentos son vividos y realizados en secuencia en la trayectoria de vida de los individuos o parejas es lo que marca las *fases de vida* individual o familiar, o las *transiciones* de un momento a otro, y que pueden tener duraciones muy distintas. Esto establece los diversos *rítmicos* de realización del proceso, que también diferencian a los patrones corrientes.

### Los patrones comunes de procreación y sus determinantes socio-culturales

La noción de  $n_{fx}$ , como se dijo antes, corresponde a la del *patrón de procreación*, aludiendo al movimiento estructurado y estructurante de producción de hijos nacidos vivos para la constitución de proles, localizado en el cuadro 1 como un momento particular del proceso de producción de las descendencias de las parejas. En ese momento —el de *expansión de la familia*—, las experiencias de procreación de las parejas ganan centralidad y precedencia, pero no una completa autonomía frente a los demás componentes del proceso más inclusivo.

Para el estudio del fenómeno designado metonímicamente de “la fecundidad” en el campo de la demografía social, creo que es más ventajoso separar los *patrones más comunes de procreación* como parte de los patrones de producción de las descendencias de las parejas, que realizan enfoques centrados en la familia como objeto de estudio, o tomada en sí misma como una micropoblación, o sobre su movimiento de reproducción. La separación de los patrones de procreación posibilita: 1) caracterizar el mismo fenómeno en términos dinámicos y como algo vivo, en cuanto operado por sujetos; 2) describir, interpretar y relacionar las diferentes manifestaciones cualitativas y cuantitativas, macrosociales y microsociales, materiales y simbólicas del fenómeno, incluso la acción de distintas instituciones formales, y 3) retener sus influencias estructurantes, como elemento de reproducción demográfica, sobre la familia (grupo social primario) y otras dimensiones de la vida cotidiana.

Un patrón determinado de procreación sería la realización histórica de un sistema de prácticas y estrategias de procreación, en determinadas circunstancias materiales de vida, generando determinados resultados directos, en términos de las proles constituidas.

Como esta otra representación del mecanismo de procreación no lo quiere *aislar* enteramente, sino explicitar sus vínculos estre-

chos con los demás componentes del proceso mayor, las prácticas y estrategias de procreación, así como las relaciones sociales que las estructuran y (o) son estructuradas por ellas (en el sentido dado por Bourdieu, 1989), se expresan con respecto, específicamente, a aspectos de la vida de los sujetos (mujeres o parejas), tales como: 1) el momento del ciclo de vida en que se inicia la constitución de proles y las formas en que este movimiento se inicia; 2) la generación de hijos dentro o fuera de las uniones conyugales, o en varias uniones sucesivas; 3) el espaciamiento entre los nacimientos de los hijos; 4) el momento del ciclo de vida individual o familiar en que se encierra la vida reproductiva o el momento de constitución de las proles; 5) las formas de interferencia directa en la vida sexual, en la secuencia de la concepción y gestación, tomando como objetivo evitar el nacimiento de un hijo o eliminar las barreras que impiden una experiencia de este orden; 6) las formas de cuidados relativos a la gestación, el parto y el puerperio.

Por el mismo motivo, es importante tomar en cuenta que los principios, reglas, prescripciones y prohibiciones en el ejercicio de la sexualidad, dentro y fuera del casamiento, y en cuanto al ejercicio de la maternidad o paternidad, delinean igualmente las distintas *prácticas restrictivas y expansivas de procreación* moralmente aceptadas, las circunstancias en que pueden o deben ser ejercidas y la procedencia de un tipo sobre el otro, de conformidad con el tenor pronatalista o antinatalista de las ideologías dominantes (Souza, 1990 y 1992a).

Las prácticas y estrategias de procreación, así como las disposiciones subjetivas de los sujetos asociadas con ellas, no son “determinantes próximos”, “variables intermediarias” o mediaciones en la causación del fenómeno, como afirman varios abordamientos sobre la “fecundidad”, sino manifestaciones del propio fenómeno o elementos constitutivos de su naturaleza sociobiológica, observados en otro plano analítico y de modo directo. Las *mediaciones* más decisivas (*sine qua non*) y directas (*de primera instancia*), que señalan las condiciones y características de sus manifestaciones principales serían, exactamente, las dimensiones materiales y simbólicas involucradas en la realización histórica de los demás mecanismos de producción de las descendencias indicados en el cuadro 1.

Otros factores económicos, ideológicos, culturales, demográficos y sociopolíticos que influyen en la conformación, sustentación o cambio de un patrón de procreación operan por medio de esas instancias. Las migraciones y movimientos de reconversión de clases o de movilidad social, en el contexto de una “población

abierta”, por ejemplo, además de alterar directamente la dimensión y la composición del grupo en cuestión, influyen en las condiciones de casamiento, de preservación de la sobrevivencia y de la salud de crianza-socialización de los hijos, afectando indirectamente a los patrones de procreación, ya sea en el sentido de su mantenimiento o en el sentido de su alteración. Del mismo modo, las condiciones de medicalización, de escolarización y de inserción del hombre y de la mujer en la producción, así como las ideologías difundidas sobre esas cuestiones y la prestación de servicios especializados en esos campos por los cuerpos profesionales de ciertas instituciones, suelen alcanzar, primeramente, aspectos de esas mediaciones de primera instancia, produciendo efectos en las experiencias de procreación para la constitución de proles.

La importancia de las condiciones de preservación de la sobrevivencia y de la salud como mediación directa y decisiva de un patrón de procreación se expresa, entre otros, en el hecho de que la práctica de “dejar llegar los hijos, desde el casamiento hasta la menopausia de la mujer” (Souza, 1990, 1992a y 1992b) no da como resultado, necesariamente, una prole muy numerosa, ya sea por la alta frecuencia de pérdidas fetales, por las recurrentes muertes de hijos recién nacidos, o incluso, por las interrupciones de las carreras reproductivas por la muerte de uno de los cónyuges, cuando las condiciones de cuidado de la salud son precarias. El proceso de medicalización para el cuidado de la salud, en los primeros momentos de su desarrollo, ha producido una significativa intensificación de la procreación y expansión de las proles constituidas (hijos sobrevivientes), en las circunstancias en que tal práctica es preservada o poco alterada. No obstante que la crianza-socialización de hijos sea, esencialmente, un mecanismo de reproducción de las relaciones sociales y del mantenimiento de un cierto patrón de sucesión de generaciones, es también una instancia de mediación que viabiliza *cambios intergeneracionales* de los patrones de procreación. Se ha observado, por ejemplo, que varias instituciones involucradas en políticas o campañas orientadas hacia la *reforma* de determinadas conductas socialmente generalizadas toman a “los padres” y a “los jóvenes” como públicos-objetivo preferentes, como fue el caso de las políticas higienistas y de salud pública, en el pasado, y de las políticas de “planeación familiar”, en este siglo, en innumerables países.

Como son innumerables y de diferente naturaleza los factores que pueden afectar indirectamente a la continuidad de la realización histórica de un patrón de procreación, no me parece fructífero intentar definir a priori cuáles son los más decisivos, si los económicos, los demográficos, los ideológicos, los culturales o los

políticos. En general, todos esos tipos de factores interfieren en el cuadro de circunstancias favorables o desfavorables a la determinación de cierto patrón. Es más, ellos tienen pesos y consecuencias distintos cuando operan en ámbitos colectivos y coyunturas históricas diferentes.

Esta perspectiva de análisis revela la ingenuidad de dos nociones de sentido común que suelen reaparecer en lugar de criterios y conceptos científicos precisos en diversos estudios socio-demográficos: que los patrones de procreación intensa son todos iguales, y que la práctica de “dejar llegar los hijos desde el casamiento hasta la menopausia de la mujer”, ejercida de modo más o menos riguroso en el contexto de todos ellos, significa ausencia de controles restrictivos en la procreación. En esos estudios, la fecundidad alta es identificada como “fecundidad natural” (Henry, 1979) o “fecundidad no controlada”, incluso cuando están bajo observación experiencias de procreación que tienen como resultado final números extremadamente dispares de hijos procreados, como: 7, 9, 10 nacidos vivos, por un lado, o el doble de eso 14, 18, 20, por otro.

Tales nociones contradicen no sólo las teorías de la demografía formal que demuestran que las curvas de  ${}_n f_x$ , muy diferenciadas para las distintas situaciones de alta fecundidad, expresan, además del nivel, el patrón por edad de producción de hijos nacidos vivos, un reflejo del modo de procrear. Pero, también, todos los descubrimientos más contundentes de la antropología y de la sociología sobre la existencia, en una misma sociedad, de controles restrictivos y expansivos de procreación, que son rescatados en trabajos consagrados de la demografía social, como el de Davis y Blake (1967), o de la historia demográfica, como el de Flandrin (1988).

Al considerar una práctica o estrategia social fuera del contexto de *habitas* (Bourdieu, 1989) o del sistema de prácticas que le confiere cierta eficacia y sentido, se pierde la posibilidad de captar su significado (material y simbólico) para el grupo social o sociedad estudiada, como formulan distintas tradiciones de antropología.

Tanto en los regímenes de procreación intensa como en los regímenes de procreación restringida, los actores sociales manipulan controles restrictivos y expansivos de procreación, ya sea de forma consciente o no, con referencia al *habitas* societal o del grupo social en cuestión y a las expectativas respecto al futuro, propiciadas por las condiciones de vida. Apenas la fecundidad descende se trata de una “fecundidad controlada” o resultante de estrategias de “planeación familiar”. Existen estrategias de consti-

tución de “familias pequeñas” y de “familias numerosas”, requiriendo estas últimas una fuerte adhesión y empeño de los actores involucrados en su realización, en vista de la incertidumbre que encierra el proceso y de las dificultades para educar y criar muchos hijos. La misma noción de “familia pequeña” y “familia numerosa” presenta una gran variabilidad social y en el tiempo histórico.

Siendo así, la cuestión de la diferenciación, persistencia y cambio en los patrones de procreación se plantea como una de las cuestiones científicamente relevantes que precisan ser mejor estudiadas, con el apoyo de proposiciones analíticas más consistentes que las implícitas en los análisis de las “diferenciales de fecundidad” o en la teoría de la transición demográfica. El pensamiento científico en la demografía necesita ir mucho más allá de las cantidades y clasificaciones dicotómicas.

### Bibliografía

- Azevedo, T. (1983), *Ciclo de vida. Ritos e ritmos*, São Paulo, Atica, 1987.
- Bongaarts, J., *Formación de la familia: eventos no planeados*, Bogotá, CCRP y Consejo de Población, Ensayos sobre Población y Desarrollo, núm. 19.
- Bourdieu, P. (1974), *La economía das trocas simbólicas*, São Paulo, Perspectiva.
- (1989), *O poder simbólico*, Río de Janeiro, Difel.
- J.C. Chamboredon y J.C. Passeron (1975), *El oficio del sociólogo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Caldwell, J. (1976), “Toward a restatement of demographic transition”, en *Population and Development Review*, vol. 2, núm. 3 y 4, pp. 321-366.
- Clark, C. (1986), *Crecimiento demográfico y utilización del suelo*, Madrid, Alianza Editorial.
- Davis, K. y J. Blake (1967), “La estructura social y la fecundidad: un sistema analítico”, en *Factores sociológicos de la fecundidad*, México, Celade/El Colegio de México, pp. 156-197.
- Figueroa, B. y F. Alba (1982), *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*, México, El Colegio de México/Clacso.
- Flandrin, J.L. (1988), *O sexo e o ocidente*, São Paulo, Brasiliense.
- Ford, T.R. y G.F. de Jong (1970), *Social Demography*, Englewood Cliffs, Prentice Hall.
- Fortes, M. (s.f.), *O ciclo de desenvolvimento do grupo doméstico*, Textos de Aula, Departamento de Antropología de la UNB.
- Foucault, M. (1988), *História da sexualidade*, Río de Janeiro, Graal.
- Greenhalg, S. (1990), “Toward a political economy of fertility: anthropological contribution”, en *Population and Development Review*, vol. 16 (1), marzo, pp. 85-106.

- Hawthorn, G. (1970), *The sociology of fertility*, Londres, Collier-MacMillan Lim.
- Henry, L. (1979), "Concepts actuelles et resultats empiriques sur la fécondité naturelle", en H. Leridon y J. Menke (comps.), *Fécondité naturelle*, Lieja, Bélgica, Ondina Edition, pp. 17-28.
- Jelin, E. y C. Feijoo (1985), "Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino: el caso de los sectores populares en Buenos Aires", en *Estudios CEDES*, vol. 3, núms. 8 y 9.
- Kertzer, D. (1984), "Anthropology and Family History", en *Journal of Family History*, vol. 9 (3), pp. 201-216.
- Kopnin, P.V. (1972), *Fundamentos lógicos da ciência*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Lerner, S. y A. Quesnel (1992), "La dimensión institucional en la regulación de la fecundidad rural en México: una interpretación", en *Actas de la Conferencia sobre el poblamiento de las Américas*, Veracruz, IUSSP, vol. 3, pp. 97-116.
- Lotka, A. (1969), *Teoría analítica de las asociaciones biológicas*, Santiago de Chile, Celade/Naciones Unidas.
- Malinowsky, B. (1973), *Sexo e repressão na sociedade selvagem*, Petrópolis, Vozes.
- Mattoso, K.Q. (1988), *Familia e sociedade na Bahia no século XIX*, Brasília, Corrupio-CNPq.
- Oliveira, F. (1977), "A produção dos homens: notas sobre a reprodução da população e o capital", en *Economia da dependência imperfeita*, Río de Janeiro, Graal.
- Oliveira, M.C.F.A. (1979), *Classe social, família e reprodução: reflexões teóricas e referências empíricas*, São Paulo, Prodeur-FAU-USP.
- (1981) "A produção da vida", tesis de doctorado en sociología presentada en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de São Paulo.
- Oliveira, O. y V. Salles (1991), "Reprodução social e reprodução da força de trabalho: reflexões teóricas para o estudo do tema", en *Caderno CRH*, núm. 14, enero-julio, Salvador, pp. 7-30.
- Paige, K.E. y J.M. Paige (1981), *The Politics of Reproduction Ritual*, Berkeley, University of California Press.
- Przeworsky, A. (1982), "Teoría sociológica y el estudio de la población: reflexiones sobre los trabajos de la Comisión de Población y Desarrollo de CLACSO", en *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*, México, El Colegio de México/clacso.
- Quesnel, A. y P. Vimard (1988), *Dynamique de population en économie de plantation. Le plateau de Dayes au Sud-ouest du Togo*, París, ORSTOM.
- Souza, G.A.A. de (1990), "Dexar vir os filhos. A reprodução de proles numerosas", en *Caderno CRH*, núm. 13, Salvador, julio-diciembre, pp. 5-37.
- (1991), "A hipótese da convergência: uma ilusão de ótica", en *Caderno CRH*, núm. 15, Salvador, julio-diciembre, pp. 47-69.
- (1992a), "A procriação intensa na Bahia: uma 'naturalidade' so-

- cialmente construida”, en *Caderno CRH*, núm. 17, Salvador, julio-diciembre, pp. 57-79.
- (1992b), *Difusao de práticas restritivas da procriação: momentos, mecanismos e determinações*, IV Conferencia Latinoamericana de Población, “La Transición Demográfica en América Latina y el Caribe”, sesión paralela núm. 1, México, ABEP/Celade/ IUSSP/Prolap/ Somede.
- Woortman, K. (1987), *A família das mulheres*, Río de Janeiro, Tempo Brasileiro.
- Wrigley, E.A. (1969), *Historia y población. Introducción a la demografía histórica*, Madrid, Guadarrama.
- Zémelman, H. (1982), “Problemas en la explicación del comportamiento reproductivo (sobre las mediaciones)”, en *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*, México, El Colegio de México/Clasco.

